

mánica en las venas, aspirarán á ser libres. ¡Han sacudido el yugo de los barones de la Edad Media, han hecho pedazos los hierros de la monarquía absoluta, y bajarían la cabeza ante un sacerdote!

Hay que dejar á un lado los sueños, dice el *Journal historique*, y venir al mundo de las realidades. Pero ¿no se hace ilusión á su vez cuando añade que el espíritu cristiano está en el fondo del movimiento que tiende á la igualdad y á la libertad? "La igualdad de todos los hombres ante la ley como ante Dios, y su libertad como miembros del cuerpo social, son buenas en sí mismas. No es Dios, no es la naturaleza quienes han creado la servidumbre, son las pasiones humanas las que han puesto los privilegios y las exenciones de un lado y las cargas del otro, y no puede haber mal alguno en corregir la obra de las pasiones," (1). Seguramente que no; pero ¿no hay otro principio en el movimiento que arrastra á las sociedades modernas? La libertad ¿no es, ante todo, el libre pensar? Y el libre pensar ¿no propende á destruir los fundamentos de la revelación cristiana? (a). ¿No sería esta la causa de que los católicos vuelvan su vista hácia lo pasado y lo echen de ménos?

Los liberales católicos no se aperciben de que al invitar á sus correligionarios á declararse liberales en nombre del cristianismo son víctimas de una ilusión singular, y de que hay una contradicción entre ellos y la realidad de las cosas. No hay duda que cuando se habla en nombre de Dios y de la naturaleza se puede decir que la libertad y la igualdad son buenas en sí mismas. Pero ¿desde cuándo es el cristianismo la religión de la naturaleza? ¿Es en nombre de la naturaleza en el que que San Pablo y los Padres de la Iglesia dicen á los esclavos que la libertad es cosa indiferente? ¿Es en nombre de la naturaleza en el que la Iglesia ha hecho una guerra implacable á la herejía y á la libertad de pensar? Dejemos á un lado la na-

espíritu de sistema le obliga á esas y otras contradicciones. Y no que sea malo el fin; pero el criterio, en nuestro sentir, es erróneo y el procedimiento ocasionado á deslices sin cuento.—(N. del T.)

(1) *Journal historique et littéraire*, t. xxviii, p. 507.

(a) Hé ahí el error craso, en nuestro sentir, de M. Laurent. Lessing, que tampoco considera la revelación cristiana como la última palabra del progreso universal, está tan lejos de creer que destruya los fundamentos de aquélla la libertad de pensar, que asegura, por el contrario, que la revelación es el instrumento perfectible de que Dios se vale y se valdrá siempre para la progresiva educación de la humanidad. Y la opinión de Lessing no debe ser sospechosa á Laurent.—(N. del T.)

turalidad cuando se trata de una religión revelada que declara á la naturaleza profundamente corrompida, por lo cual se inclina á reprobar todo lo que la naturaleza exige. Si fuera cierto que el espíritu cristiano constituye el fondo del movimiento que empuja á las sociedades modernas, ¿por qué habían de mirarle los católicos con tanta prevención? ¿Desconfía nadie de su propia causa y de sus propias obras? En vano sería negarlo; la libertad y el catolicismo han sido enemigos en lo pasado, y lo son todavía; es más, son incompatibles (a). Por lo ménos sería necesaria una revolución para reconciliar á esos adversarios, y al oír los anatemas que salen de Roma, no vemos que esa revolución tenga visos de hacerse.

Está hecha, dice el *Journal historique*: "La religión se aviene á las libertades que entraña el movimiento democrático; así lo demuestra la experiencia en los países en que esas libertades forman hace más tiempo la base del gobierno: prueba de ello, entre otras, la América del Norte, donde se forma una nueva Iglesia que aumenta con formidable rapidez. Pero sin ir tan lejos, la Bélgica puede felizmente citarse á sí misma. En verdad que nosotros no podemos quejarnos de nuestras instituciones liberales, y vistos los resultados obtenidos durante treinta años, los católicos, por su parte, no están tentados á sustituir la libertad con el despotismo," (1). Mucho habría que decir sobre la libertad como en Bélgica; algo hemos dicho ya en otra parte (2). ¿Cuál es la libertad que aman los católicos? La de su Iglesia, no conocen otra. Los católicos extranjeros, franceses y alemanes envidian nuestras instituciones porque la Iglesia goza en Bélgica de una libertad ilimitada. Pero ¿aman los católicos la libertad de pensar y la libertad religiosa?

El *Journal historique* plantea claramente la cuestión: "¿Los católicos pueden amar sinceramente y sin segunda intención las libertades modernas llamadas del 89?" Y responde con la misma franqueza: "Un hecho que no parece dudoso responderá por sí solo á esa pregunta; ese hecho

(a) El catolicismo, como lo entienden los neos, es verdaderamente incompatible con la libertad moderna; pero el cristianismo de Cristo, como lo entendían y lo entienden muchísimos hombres del clero, del foro y de la tribuna... no es incompatible ni mucho ménos.—(N. del T.)

(1) *Journal historique et littéraire*, t. xxviii, pág. 307 y siguientes.

(2) Véase mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*.

es la adhesión de los Belgas católicos á esas libertades, y la unanimidad y el entusiasmo con que esa adhesión se manifestó en el congreso de Malinas después del discurso del conde de Montalembert. Estamos seguros que si todos los católicos del país hubiesen podido asistir á la asamblea y hubiesen oído al orador, su asentimiento y sus aplausos hubiesen estallado con la misma fuerza y unanimidad, y que el corto número de disidentes, perdidos entre la multitud, tampoco hubieran reclamado ni protestado," (1).

Hé ahí una declaración categórica; la inmensa mayoría de los Belgas son partidarios de las libertades del 89. Veamos ahora lo que se piensa en Roma de esas mismas libertades, y oírmos á Pío IX que las maldice, y á sus órganos, los jesuitas, que las hacen una guerra á muerte. Pero antes de oír al papa y á la *Civiltà Cattolica*, permitásenos detenernos un instante más en el liberalismo católico. Queda bien sentado que acepta plenamente y sin reservas las libertades del 89; y no sólo las acepta, sino que las aplaude, lo cual es aplaudir la Revolución en lo que tiene de más esencial. ¿Quién ha hecho la Revolución y contra quién se ha hecho? La Revolución es hija del siglo XVIII, hija de Voltaire y de Rousseau. Aplaudir los principios del 89 es aplaudir la obra de la filosofía. ¿Y qué querían los filósofos? Reclamaban los derechos de la naturaleza contra el catolicismo. Era aquello una reacción violenta contra el cristianismo tradicional, contra el elemento sobrenatural de la religión, contra la dominación de la Iglesia fundada en la pretendida revelación (a). La Revolución dió el triunfo á los filósofos; y no se limitó á formular los principios del 89, sino que trató de abolir el catolicismo y reemplazarle con la religión de la naturaleza: tan cierto es que la libertad conduce á la ruina del catolicismo (b). La Revolución ha fracasado en sus tentativas religiosas; pero el odio de los revolucionarios á la religión del pasado no se ha extinguido; trabajan siempre en su ruina, y

(1) *Journal historique et littéraire*, t. xxx, n. 605 y siguientes.

(a) Ya he dicho en otro lugar que eso no es exacto: y lo he demostrado con las palabras mismas de Mirabeau, de Barnave y de otros revolucionarios no ménos célebres y no ménos liberales.—(N. del T.)

(b) Á la del catolicismo ultramontano, seguramente. Pero el autor emplea unas veces las palabras *catolicismo* é *Iglesia* y *papado*, y otras la de cristianismo, para confundirlas bajo el propio anatema. Y eso entraña un error capital.—(N. del T.)

cuando el movimiento democrático les devuelva el poder, se aprovecharán de él contra la Iglesia.

Hé aquí los peligros ocultos bajo las libertades del 89; puede reasumírselos en una palabra, libre pensamiento; y quien dice libre pensamiento dice negación del cristianismo tradicional. ¿Han reflexionado bien los católicos liberales en esa solidaridad del libre pensamiento y los principios del 89? Al aplaudir las libertades modernas, ¿saben que aplauden los ataques de la filosofía contra la revelación? Y no paran aquí sus contradicciones; ellos rechazan el pasado, declaran que está muerto y que no resucitará. ¿Cuál es ese pasado cuyos funerales hace tan fácilmente el liberalismo católico? Montalembert lo ha dicho: ese pasado lo forman los grandes siglos del catolicismo. Dominó éste en la Edad Media, y se ha mantenido desde la Reforma hasta la Revolución como religión dominante en los países que continuaron sumisos á Roma. Repudiar el pasado es tanto como repudiar el catolicismo, tal como lo entendía la Edad Media, con sus diezmos, con su patrimonio de los pobres, con sus inmunidades, y también con su intolerancia y su espíritu de dominación. ¿En nombre de qué principios condena el liberalismo católico el catolicismo de la Edad Media? En nombre de las libertades del 89. ¿Qué quiere decir eso? Que si aplauden los principios del 89, sin duda es porque son verdaderos; y entonces es imposible que lo sean los principios contrarios. Si las libertades del 89 son la verdad, el catolicismo de la Edad Media, que niega esas libertades, no podría ser la verdad, y llegamos á esta consecuencia, ante la cual debe retroceder espantado todo buen católico: que el liberalismo católico repudia el catolicismo como una obra del error, y que prefiere á él la filosofía y la Revolución (a).

Los católicos liberales conocen el peligro, y tratan de eludirle diciendo que las libertades modernas entrañan en el cristianismo. Es huir de Seyla para caer en Caribdis. Por de pronto necesitan

(a) Este género de argumentos sería pueril, si no fuese su empleo tan continuado y su objeto tan trascendental. ¿Qué tienen que ver las prácticas y la disciplina de la Iglesia, ni sus mismas conveniencias temporales, con el fondo y la esencia de la doctrina cristiana? Pues los cristianos liberales se atienen á esta doctrina, que es esencial y fundamentalmente liberal, y prescindir de aquellas conveniencias, prácticas y disciplina, que pueden muy bien ser buenas en unos tiempos y más malas en otros. Y todo el argumento de Laurent viene por tierra.—(N. del T.)

alterar la historia para defender una tesis contradictoria por los anales mismos de la Iglesia; y falsean los hechos más auténticos, cargo que ellos hacen á los libres pensadores: donde la historia dice con Guizot que la Iglesia ha sido hostil á la libertad, los liberales católicos la hacen decir que debemos á la Iglesia todas las libertades de que gozamos; y donde la historia dice que alianza de la Iglesia y la monarquía ha sido la alianza de dos despotismos, los liberales católicos la hacen decir que aquella alianza aseguró el progreso gradual de la libertad. Allí donde la historia dice que la sociedad laica ó que el espíritu humano es el que ha impuesto la libertad de conciencia á la Iglesia, los liberales católicos la hacen decir que la libertad religiosa es una libertad católica.

¿Qué objeto tiene ese trabajo de falsificación sistemática?—Empleamos la expresión de un reverendo padre, en el día arzobispo.—El de reconciliar á los católicos con la libertad; ó, mejor dicho, el de reconciliar la humanidad moderna con el catolicismo. ¿Vanas tentativas! Á la Iglesia no se le devolverá la influencia que ha perdido con falsificaciones; el tiempo de las falsas decretales ha pasado ya; y lejos de atraer por ese medio á la Iglesia á la sociedad laica, se la aparta cada vez más. Las falsificaciones históricas pueden engañar la ignorancia de los seminaristas; pero no engañarán á la sociedad laica, porque la ciencia la enseña los piadosos fraudes de los que quisieran explotarla. Mala debe ser la causa del liberalismo católico cuando se ve obligado á alterar la historia para buscar pruebas. Hay más: lo que hace la fuerza del catolicismo es su pretendida certidumbre y su inmutabilidad (a). Las almas débiles se sienten atraídas por la fuerza; aquellos que no soportan la duda ni el áspero trabajo del pensamiento gustan de reposar sobre la almohada de una fe siempre invariable. Pero hé aquí á los católicos liberales enseñándoles que la Iglesia ha cambiado. En otro tiempo reclamaba el diezmo á título de derecho divino, y con ese mismo título reclamaba sus inmu-

(a) Es chistoso el procedimiento de Laurent: para combatir la santa y sana pretension de aliar el cristianismo y la libertad, exagera las absurdas pretensiones de los ultramontanos; y despues de exagerarlas, las alienta diciendo: eso es lo bueno: los ultramontanos son los que están en lo cierto; ellos son los más lógicos. Es verdad que pretenden un absurdo. Y eso prueba que no hay conciliación posible entre la libertad y el cristianismo.—(N. del T.)

nidades, llevaba á la hoguera á los herejes y depone á los reyes. Todo eso es actualmente pura arqueología, dice Montalembert. ¿Cómo, el derecho divino es arqueología! ¿Cambia y envejece el derecho divino! ¿Puede ser derogado, puede ser asunto de historia! Si el derecho divino cambia, cambia también la verdad divina, porque aquél es la expresión de la verdad revelada, y está escrito en los sagrados textos, obra del Espíritu Santo. Si el derecho divino, despues de algunos siglos, se ha transformado en arqueología, ¿quién nos garantiza de que no sucederá lo mismo con la verdad revelada? No hay entonces nada inmutable. ¿Qué viene á ser entonces la inmutabilidad de la Iglesia y de la fe? Si la Iglesia se ha engañado en la Edad Media al invocar el derecho divino, la revelación y la Escritura, para apoyar en ella sus diezmos, sus inmunidades y su revelación, claro es que se ha engañado acerca de su derecho divino, acerca de la Escritura y de la revelación. Adios entonces la blanda almohada de la certidumbre que retenía á las almas en el seno de la Iglesia. Los liberales católicos las enseñan que buscan en ella lo que no se encuentra. ¿Para qué sirve entonces la Iglesia?

De este modo los católicos liberales destruyen con sus propias manos la inmutabilidad de la Iglesia y de la fe. Y en verdad que semejante resultado no valía la pena de falsificar la historia. El papa va á decirnos si hemos hecho ó no justa apreciación del liberalismo católico. Y cuando el papa habla, todo está dicho para los buenos hijos de la Iglesia.

§ II.—La Iglesia y la libertad segun la Encíclica.

I.

La Encíclica condena el liberalismo y la civilización moderna. Y ¿qué quiere decir eso? ¿Lo que el papa ha querido reprobear es la libertad? Grande fué el embarazo en que se encontraron los católicos liberales que acababan de aplaudir en el congreso de Malinas al brillante orador cuya elocuente palabra celebraba la libertad como la gran conquista de la civilización cristiana. Uno de los jefes del partido, haciendo alarde de valor, intentó decir su pensamiento acerca de la Encíclica (1). Decimos

(1) *Revue générale*, Introduccion.

que lo intentó M. Dechamps, porque si el órgano del liberalismo católico hubiera querido exponer su pensamiento abiertamente, hubiera debido seguir al papa paso á paso, y decir lo que reprueba y lo que no reprueba, tomando para ello el Syllabus adjunto á la Encíclica, que es donde el papa precisa con claridad todo lo que reprueba. Pero M. Dechamps se guarda bien de hacerlo; comienza por decir que no se detendrá en palabras aisladas ó que pueden parecer oscuras, cuando, por el contrario, eran esas oscuridades las que necesitaba explicar; y si las frases aisladas dan una falsa idea de la doctrina pontificia, ese era un motivo más para insistir en esas frases. Pero la opinión de M. Dechamps no fué esa; prefirió ir al fondo y examinar el conjunto. ¿Singular medio de ir al fondo el de no profundizarle! Y ¿cómo conocer el conjunto si se ignoran los detalles?

Vamos, pues, al fondo. ¿Qué encontramos en él? Un diluvio de palabras sonoras. “¿Qué condena la Encíclica? El naturalismo, el ateísmo social, la indiferencia sirviendo de base á todo, la secularización universal, el Estado-Dios, el antagonismo y la hostilidad entre la sociedad religiosa y la sociedad civil, en vez de la concordia mutua y la union de pareceres entre el sacerdocio y el imperio; y esto no es la libertad misma, es el liberalismo moderno y la Revolucion,” (1). En toda esa fraseología sólo hay una ó dos palabras que atañen á la contienda provocada por la Encíclica. El papa no condena la libertad, sino el liberalismo moderno y la Revolucion. M. Dechamps no gusta de las palabras claras; prefiere aquellas á las que se puede dar el sentido que se quiere. ¿Qué quiere decir liberalismo moderno y en qué se diferencia de la libertad? En todo lo que dice M. Dechamps acerca del fondo y del conjunto no encontramos contestación á nuestra pregunta, por lo cual nos vemos obligados á servirnos de otra palabra que ofrezca un sentido un poco más preciso. El papa reprueba la Revolucion y no la libertad.

Si el papa no condena la libertad, sin duda es porque le parece buena en sí misma, así como lo dice el *Journal historique*; pero ¿y si la libertad procediese de la Revolucion? Los principios que constituyen la libertad, ¿no se llaman los del 89? No somos nosotros los que decimos esto, es el

(1) *Revue générale*, 1865, t. I, p. 27.

Journal historique, órgano muy autorizado del catolicismo, el cual declara que acepta, como todos los católicos belgas, excepto una exigua minoría, todos aquellos principios sin restricción alguna. El papa, por el contrario, que reprueba la Revolucion, debe reprobear también los principios del 89, y, por consiguiente, la libertad tal como la entienden los católicos de Bélgica. Nosotros no sabemos cómo eludir esa consecuencia. ¿Se dirá que el papa ama la libertad cuando maldice la Revolucion? Eso sería decir que el papa maldice y adora á la vez una misma cosa.

Tal es, en realidad, no la posición del papa, sino la de los católicos liberales. El papa no ha dicho nunca, como el conde de Montalembert, que el pasado está muerto; no ha dicho nunca, como el *Journal historique*, que ama sinceramente y sin reservas las libertades del 89. Puede, por consiguiente, sin contradicción condenar esas libertades. Pero ¿los católicos liberales que en el congreso de Malinas han aplaudido al orador francés, los que proclaman que la libertad religiosa es una libertad católica, y que las libertades políticas se han desarrollado también bajo la bienhechora influencia de la Iglesia? Ellos dicen que son hijos obedientes de la Iglesia; luego aceptan la Encíclica, que condena la Revolucion; por consecuencia, los principios del 89, y, por lo tanto, la libertad (1). Y al mismo tiempo aman con sincero amor y sin reserva aquellos principios, y, por lo tanto, la Revolucion, por lo menos en cuanto ha proclamado esos principios.

Aquí resulta alguno engañado. ¿Será acaso el papa? Se puede ser hijo obediente de la Iglesia, sin embargo de no creer en lo que cree el santo padre. Pero ¿qué es una sumisión acompañada de reservas mentales? ¿Sería tal vez la libertad la que resultase engañada? Siendo hijo sumiso del papa sin reservas, y amando sinceramente la Encíclica, es difícil amar sinceramente y sin reservas la libertad, toda vez que ésta significa los principios del 89. ¿Ó serían los defensores de la Iglesia los que quisieran engañar á los liberales, persuadiéndoles que la Encíclica es compatible con la libertad por más que rechace la Revolucion? ¿Ó quizá los católicos liberales comienzan por engañarse á sí mismos antes de engañar á los demás? Esas ilusiones forzadas son una necesidad de su posi-

(1) DECHAMPS, en la *Revue générale*, 1865, t. I, p. 27-29.

ción, si es que obran de buena fe; amando la libertad y la religión, deben creer que la libertad se alía con el cristianismo tradicional, y no pueden creer que el papa repruebe la libertad, aunque repruebe el liberalismo y aunque condene la Revolución, que ha proclamado los derechos del hombre. Ante esa terrible elección retrocederán hasta el último límite: ó renunciar á su amor á la libertad, ó desertar de la Iglesia. Pero llegará el momento en que sea forzoso decidirse.

La posición en que la Encíclica ha colocado á los católicos liberales es lastimosa. En el congreso de Malinas, el conde de Montalembert cita estas palabras del obispo de Orleans: "Vosotros habeis hecho la Revolución del 89 sin nosotros y contra nosotros, pero para nosotros, queriéndolo así Dios á pesar vuestro." Eso era confesar, hasta donde puede hacerlo un obispo, que la Revolución fué católica á su pesar. El *Journal historique* iba más lejos, y declaraba que los católicos amaban sinceramente y sin reserva alguna la obra de la Revolución y las libertades del 89; y hé aquí que, según la Encíclica, esos mismos católicos que habían aplaudido á Montalembert, y que tan sinceramente amaban las libertades del 89, se ven obligados á rechazarlas; y no pudiendo hacerlo abiertamente, tienen que recurrir á miserables distinciones: aman la libertad, pero aborrecen la revolución que nos la ha dado. Si esa es también la opinión del papa, como pretenden los católicos liberales; si se ha interpretado mal la Encíclica, ¿por qué el santo padre, que gusta tanto de hablar, no nos dice su verdadero pensamiento? Dícese que se le calumnia interpretando mal sus palabras; pues hay un medio sencillo de confundir á los calumniadores. ¿Es que se altera el sentido de las palabras del papa? Pues que las explique. Mientras que guarda un silencio obstinado, cuando pudiera sacar á sus hijos de una situación embarazosa, hay en Roma una revista que habla mucho, y cuyo lenguaje no puede ser más explícito. La *Civiltà Cattolica* es el Monitor del catolicismo; ella nos dirá lo que piensa el papa de las libertades del 89, que tanto aman nuestros católicos liberales.

II.

Hemos dicho muchas veces que los apologistas del catolicismo son los más peligrosos enemigos de

la causa que defienden; pero no es suya la culpa, hay causas que no tienen defensa (1). Tal es la tesis de los católicos, que al mismo tiempo que aborrecen con el papa la Revolución y el liberalismo, afectan creer que el papa no es enemigo de la libertad, y que la Revolución ha hecho á su pesar buena la causa del catolicismo. Esto explica el embarazo de los jesuitas que redactan la *Civiltà*; basta leer su revista para convencerse de la oposición, ó, mejor dicho, de la incompatibilidad radical entre la libertad y el catolicismo. Esta misma es la opinión de los padres jesuitas, los cuales no se hacen ilusión alguna en este punto: hombres del pasado, es éste el que quieren restaurar, como que han sido creados para ello. En el siglo XVI, el enemigo á quien tenían que combatir se llamaba la Reforma; en el siglo XIX es el racionalismo, es la libertad que la sociedad moderna debe á la razón, como dice M. Guizot.

La mala voluntad, el odio deberíamos decir, de los padres jesuitas á las libertades del 89 se revela en las primeras palabras que escriben. Se habla mucho, dicen, de los principios del 89; ¿dónde están esos principios? ¿Dónde se les encuentra? Es cierto, dicen los padres, que esos famosos principios son inescrutables. No parece sino que se trata de hacer calicatas para descubrir algún monumento asirio ó cartagines sepultado hace largos siglos. Pero los padres jesuitas no han hecho largas investigaciones, y han encontrado lo inescrutable; la cosa no era muy difícil ciertamente, porque los principios del 89 están consignados en la *Declaración de los derechos del hombre*, que va al frente de la Constitución de 1791, y se halla en todas nuestras colecciones legislativas. La *Civiltà* copia esa declaración (2). Cuéntese, pues, por vencida la primera dificultad. Conocemos los principios del 89, ó podemos conocerlos, puesto que los tenemos impresos en magníficos textos.

La célebre declaración del 89 es el objeto del debate. Basta la fecha para hacerla sospechosa; el 1789 es el coronamiento del siglo XVIII, del siglo de Voltaire, del siglo de la incredulidad, del ateísmo y del materialismo. ¿Qué podía producir

(1) Véanse ejemplos de esas apologías inconvenientes en mis *Estudios sobre la Filosofía del siglo XVIII y sobre la Revolución*, partes duodécima, décimatercia y décimacuarta.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 5.^a, t. VII, p. 513 y sig. una serie de artículos sobre los principios del 89.

de bueno ese infame siglo? Todo lo que viene de una fuente emponzoñada es ponzoña. La Asamblea constituyente es como una cloaca, un receptáculo de las inmundicias del siglo XVIII. Domina en ella el estado llano, con algunos renegados de la nobleza y unos cuantos apóstatas del clero. Y ¿qué es el estado llano? Sieyès respondió á esa pregunta que el estado llano era la nación, ménos algunos millares de privilegiados. Los padres jesuitas responden que el estado llano era el más corrompido, si bien el más numeroso de los tres órdenes ó estados. Y en efecto, ¿quién no sabe que en el último siglo brillaba la nobleza por sus buenas costumbres y el alto clero por sus virtudes? Ciertamente que en el estado llano había austeros jansenistas, esos eran los peores. ¡Ateo, pase! decía el piadoso Luis XIV, pero ¡jansenista!... Había también abogados á centenares; otros tantos malos cristianos. Así lo dice un refrán, que, como todos, entraña la sabiduría de las naciones. Pero todavía no dice lo bastante: los padres jesuitas declaran que los trescientos setenta y cuatro abogados, magistrados y jansenistas eran todos filósofos á la manera del siglo XVIII, es decir, sofistas, ó, como dicen los padres, filosofastros. Sin embargo, ¿cosa singular! esos filosofastros habían aprendido su filosofía entre los jesuitas. Malos discípulos que, en lugar de estudiar los compendios de sus maestros, leían á Rousseau. En el *Contrato social* es donde aprendieron su política, la cual consistía en destruir todo lo más sagrado que había en el cielo y en la tierra, y ante todo el cristianismo.

El que conoce los obreros conoce la obra. ¿De qué se ocupaban aquellos grandes legisladores? Meses enteros pasaron discutiendo los derechos del hombre. Esas son las famosas libertades del 89 que los católicos liberales aman tan sinceramente. ¿Qué piensa sobre esto el Monitor del papado? Los padres de la *Civiltà* preguntan, como ya lo había hecho el conde de Maistre, qué son los derechos del hombre; ellos no lo comprenden, aun cuando son doctores en teología. Comprenden bien lo que es un cadáver; ¡pero un hombre! Y se critica mejor cuando no se comprende. Al formular los derechos del hombre, los legisladores del 89 tenían sin duda la pretensión de legislar para el género humano. ¡Orgullo soberanamente ridículo! Sin duda habían aprendido eso en Voltaire y Rousseau, filosofastros llenos de orgullo que hablaban siempre de la

humanidad. Hélos aquí consagrados á su obra; sin duda la declaración de los derechos del hombre es una panacea que va á regenerar el mundo y á transformarle en paraíso. ¡Qué legisladores tan bromistas! Se diría que eran niños ocupados seriamente en formar castillos de naipes. ¡Nuestros hombres del 89 estaban persuadidos de que bastaba proclamar los derechos del hombre para hacer la felicidad del género humano! Pues por el fruto se conoce el árbol. Cien años va á hacer que los hombres poseen sus derechos formulados en artículos... ¡Mirad qué dichosos son! Cada ocho días hacen una revolución, sin duda porque les hastía ya tanta dicha (1).

Hace más de un siglo, va á hacer diez y nueve, que Jesucristo predicó el reino de los cielos; sus discípulos creían que ese reinado iba á inaugurarse próximamente en este mundo (a). Han trascurrido años y siglos, y el reinado de los mil años con sus prodigios y sus maravillas es ya uno de los sueños olvidados. Se pensó en cambio que el cristianismo daría la vuelta al mundo y que la palabra del Hijo de Dios regeneraría al género humano. ¡Nueva ilusión! San Pablo se imaginaba que el Evangelio había llegado á todas las naciones, y resulta que después de diez y nueve siglos es desconocido en la mayor parte de la tierra. ¿Ha respondido al ménos á la esperanza de sus sectarios allí donde domina? Reina sobre las almas hace siglos, y la Iglesia, que se llama órgano de la verdad revelada, ha tenido en sus manos las nuevas generaciones, es decir, el porvenir de la humanidad; todavía en el último siglo ejercía el monopolio de la instrucción. Y ¿qué ha dado de sí esa dominación secular? Una revolución religiosa en el siglo XVI y otra más radical en el XVIII. ¡Reverendos padres, no hay motivo para envanecer tanto!

La comparación cojea, dice la *Civiltà*. ¿Qué importa que el cristianismo no haya producido aun

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 5.^a, t. VII, artículo 2.^o, p. 653 y siguientes.

(a) Hé aquí ahora á Laurent en nuestro terreno. Ya conviene en que la doctrina del Cristo no era para el otro mundo, en que el reino de Dios no era el de ultratumba, sino que debía inaugurarse más ó ménos pronto, en esta vida y en este mundo. ¿En qué vienen á parar entonces todos los argumentos hechos por Laurent y todas las consecuencias sacadas de la aserción veinte veces hecha en sus *Estudios* de que la religión de Cristo era la del otro mundo, y, por consiguiente, que la doctrina evangélica no ha podido ejercer influencia alguna social? Caen por tierra, y, como se ve, el mismo Laurent se encarga de decirnos que aquella aserción era gratuita y falsas las consecuencias que de ella deducía.—(N. del T.)